



QUINTERO RIVERA, Ángel G. (2020) **La Danza de la Insurrección. Para una Sociología de la Música Latinoamericana.** CLACSO. Buenos Aires, Argentina. Pp. 527.

Comencemos por el principio: este libro estudia la salsa porque a su autor, el puertorriqueño Ángel G. Quintero, le gusta bailar, y ese gusto es el que empuja desde los adentros una experimentada inteligencia dedicada a destrabar, o sea a quitar las trabas que impiden a los latinoamericanos sentirse-en-casa cuando necesitan pensar con su cabeza. Y, como los prólogos también van al principio, el que esto escribe se siente obligado a contarles: el que yo esté aquí es un azar de la suerte, pues invitado a trabajar un año (1989-1990) en la Universidad de Puerto Rico, pude asistir, y a ratos acompañar, el espacio/tiempo, o sea el mundo en que se gestó este libro. De ahí que este prólogo se permita leerlo desde su revés.

Resulta que el protagonismo de la salsa oculta otra cuestión, que acabará siendo la más

constante obsesión de este libro. En sus propias palabras: el re juego de los tiempos es lo que permite a los sones afrocaribes romper la regularidad circular, la proyección lineal del tiempo en que se fundamenta la concepción iluminista del progreso, clave y figura de la razón occidental moderna. A esa racionalidad se enfrenta la salsa mediante “una estrategia sonora de variaciones en la repetición, que es una forma de expresar cambios en la manera de experimentar el tiempo: la aparente circularidad de lo cotidiano se va complejizando en crónica y convirtiéndose en historia” (Quintero, 1998, pp. 186-187).

Fue al poco tiempo de llegar a San Juan, a coordinar un proyecto de maestría en la Facultad de Comunicación de esa Universidad, que amigos comunes me presentaron al “más importante investigador puertorriqueño de la historia obrera y los movimientos sociales de la isla”. Y algunos meses después de estar allá, CLACSO realizó su Asamblea General en San Juan, y en ella tuve la primera ocasión para encontrarlo, o mejor, se dio el “preludio latinoamericano” de nuestra primera conversación larga.

Una conversación de la que mi memoria guardó dos frases: “Estoy estudiando música porque quiero investigar la salsa y para ello lo que necesito indagar no son sus letras sino sus sonidos”; a lo que enfáticamente añadió: “porque lo que quiero saber es qué carajo es eso de lo popular,

lo que hay de popular en la salsa, lo que la hace popular”. Así de claras estaban las preguntas que movilizaban su investigación, y también lo que ellas buscaban urgando en las culturas del Caribe. El año en que conocí a Chuco Quintero fue un año bien especial. A los dos días de haber llegado con mi familia en el mes de septiembre nos tocó experimentar uno de los más brutales huracanes, el Hugo, que devastó la isla dejando a San Juan sin agua y sin luz durante quince días; y sólo unos meses después, en noviembre de ese mismísimo año, los alemanes orientales tumbaron el muro de Berlín! Ahora bien, de tan sabido hay algo que se nos ha ido olvidando.

Y es que Latinoamérica no tiene su propio Norte, tiene sólo un Sur, un Centro y un Caribe que colinda con ambos, y que atraviesa al Norte de arriba a abajo, de Nueva York a Los Ángeles, con sus millones de emigrantes latinos, los únicos que han llegado, y aún llegan, a Estados Unidos sin visa. Los mexicanos llegan también hace años y por millones –como veinte– pero ya con una visa que autoriza el maltrato. Y después han seguido salvadoreños y hondureños por millones también llegando al país donde habitan los únicos “americanos”. Hace casi quince años titulé un libro publicado por la Universidad de Pittsburgh durante una estada académica, *Al sur de la modernidad*, en el que sus dos partes llevan estos títulos: “Descentramientos de la modernidad” y “Destiempos latinoamericanos”.

Con lo que se entenderá mejor mi interés en prologar el libro del latinoamericano que más osada y tenazmente ha evidenciado las trampas que nos tiende la muy occidental y muy moderna concepción del tiempo que avanza en permanente progreso.

Un libro que hace eso, no a partir de debates abstractos, sino contándonos la larga y apasionante historia de una música/ baile que se ha venido haciendo a través del tiempo y el espacio de muy distintos países –incluyendo el norteamericano– hasta ser lo más inesperado: no un mero género musical sino “una manera de hacer música”. Y esa obsesión por cuestionar el sentido hegemónico del tiempo como clave secreta de la racionalidad occidental empata hoy con la razón que nos impide pensar-nos adquiriendo ahora una significación muy especial: estamos viviendo el tiempo de una mutación que la temporalidad del progreso nos está impidiendo pensar.

Y es justo ahí donde interviene Ángel G. Quintero con un libro que nos alienta a los latinoamericanos a pensar los tiempos que vivimos desde el descentrado y destemplado universo Caribe, donde el pensar no tiene que ver sólo con el saber sino también con el sabor. Y es a la juntura de esos dos verbos a la que nos remite en últimas el tejido que nos hace sentir-juntos desde la salsa al tango, desde el son al huayno, desde la cumbia al danzón, desde el joropo al mambo. Un sentir-nos-juntos donde se hallan algunas claves libertarias, esto es, capaces de liberar la inteligencia colectiva de los viejos amarres: los de una racionalidad occidental que nos configura mentalmente sin saberlo ni quererlo, pero frente a la cual existen alternativas como la que ofrece la cosmovisión tropical. Atención: ¡“tropical” es una de las pocas palabras del idioma que rima con, o que está a la altura de, “occidental”!

Se necesita saber manejar una muy precisa información y mucha osadía intelectual para reescribir la historia de la música clásica occidental en cuarenta apretadas páginas, en las que se discute con Max Weber acerca sobre uno de sus textos, en el que entrelaza su progresista concepción de la historia lineal con la mismísima razón occidental, que es la que le hace ver en la trama misma de la sinfonía unas claves que traducen a música el equivalente general de la racionalidad occidental. Que yo sepa, sólo Alessandro Baricco ha tenido una osadía parecida al dedicar un libro a cuestionar el valor real de la “música culta contemporánea” bajo un título sacado del grotesco: *El alma de Hegel y las vacas de Wisconsin*. Cuestionamiento a Hegel por

haber hecho de la música el ejemplo más claro de la contradicción: pues nacida del sentimiento, la música habita sin embargo una región en la que se desprende, se desengancha por completo, del sentimiento para convertirse en la percepción misma, tal como se percibe ella misma. ¡Y felicitación a los ganaderos de Wisconsin por haber descubierto que sus vacas dan más leche si se les alimenta diariamente con música de Mozart! Pero ese libro contiene también un aporte en el que lo arriesgado no quita lo certero: la “música culta contemporánea” sólo puede apreciarse como un anacronismo, palabra que nos remite a los destiempos y contratiempos de la historia, una historia sin la sagrada continuidad que es la que ha permitido a las músicas de hoy reencontrarse encarnadas por entero en la emoción y el placer.

Reencontrar al bárbaro Alessandro Baricco en el libro que nos concierne no es una casualidad pues lo que ambos movilizan es un pensamiento libertario, lo que apunta bastante más allá de lo que nombra el pensamiento que se proclama libre. Y Ángel G. Quintero libera a su anarquista para cuestionar radical y lúcidamente las relaciones que establece Max Weber en la música, sus tiempos y los tiempos de la vida social, o sea de las prácticas humanas que producen/crean la música, y ello no porque en la salsa no haya estandarización sino porque, mientras la fuga en la música barroca puede tener que ver con el incipiente ethos occidental de racionalización, la diversidad rítmica que cabe en una misma clave remite, en las mulatas músicas del Caribe, como también en las del brasileño Villa-Lobos, a un ethos tropical, a un otro tipo de ethos cuya clave no se halla en los genes de esa música sino en la dinámica de sus procesos de conformación y expresión. Lo que interesa al autor de este libro no son tanto los “ingredientes” con los que se hace el sancocho o el ajiaco musical sino las peculiaridades de su “proceso de cocción”.

Otra cosa muy diferente es el dominio del mercado estandarizador sobre esas músicas mulatas, atravesándolas con contradicciones imprevistas, pero también por sus propios entrefuegos libertarios.

En la música tropical no hay un sólo autor sino varios, el compositor que ha elaborado ideas sonoras y las ha plasmado en una partitura. Pero como la elaboración de las sonoridades salseras es un proceso complejo ello exige que sea abierto, una elaboración con colaboraciones.

Y es eso lo que hace de la salsa un proceso de comunicación, que tiene una primera figura en aquella entre el compositor y el arreglista, cuya tarea es la de enriquecer la música compuesta con giros y detalles sonoros. Y tanto o más importante, es el papel de los músicos que aquí no son meros ejecutantes sino los que sorprenden al público cada vez que tocan introduciendo quiebres en la ornamentación mediante su capacidad de improvisación. A las improvisaciones que hacen los músicos de jazz y salsa, se les llama “descargas”, pues no son meras ocurrencias individuales de cada músico sino expresiones de la comunicación que se crea entre ellos al estar tocando ese tipo especial de música. Todo esto hace de la composición salsera una práctica profundamente abierta y comunitaria, todo lo contrario del individualismo que promueve el mercado de la música. Y para rematar esa abierta reciprocidad entre los que hacen la música, los públicos de la salsa participan también con los ritmos del cuerpo y el entrecuero de las manos, y con la voz que corea la música, restableciendo, a su manera, una sociabilidad en acto, revitalizada por el baile, que la convierte en praxis movilizadora de las identidades colectivas, ya sean generacional, de género o de clase social.

La visión activa de la salsa, que propone este libro, llega tan lejos que alcanza a proponer otro de los debates más cruciales hoy: el replanteamiento de las relaciones entre tiempo y espacio. Crucial, pues lo que ahí se debate es justamente el sentido de las transformaciones que está

atravesando el sensorium colectivo en nuestras sociedades, como lo atisbó Walter Benjamín ya a comienzos del siglo XX, cuando surge una nueva sensibilidad para lo igual en el mundo que, con la ayuda de las técnicas, le quitaba la envoltura a todos los objetos. Esa es la idea más transversal de este libro. Afirma Ángel G. Quintero al final del capítulo 3 de *¡Salsa, sabor...!*:

En la medida en que la música es una manera de sentir y expresar el tiempo –y su dimensión bailable que es la espacialización de éste– constituye uno de los campos más fértiles para el examen de la compleja dinámica de las identidades socioculturales y sus interrelaciones (mis cursivas).

Leo en un prólogo escrito por Giacomo Marramao –el filósofo más lúcido en filosofía política que tiene Italia hoy– para un libro titulado *Heterotopías del mundo finito: Vivimos un tiempo ortogonal que es el que comprende las disonancias del presente en la forma espacializada de estratos temporales (...)* La globalización ha resultado siendo la compresión espacial de las culturas y formas de vida, y por otro lado también es diáspora, diferencia temporal de las formas en que las distintas personas hacen experiencia del tiempo (mis cursivas).

La justeza de ese planteamiento se evidencia en esta figura: los montones de emigrantes africanos, latinoamericanos, asiáticos o gitanos que conviven hoy en Barcelona o Lion, en Turín o Ámsterdam, viven espacialmente comprimidos tanto en los ámbitos de vivienda como en controles laborales y, cada día más, en abiertas restricciones a su circulación. Pero mientras la compresión espacial los iguala, la experiencia de la temporalidad los diferencia al identificarlos culturalmente: cada comunidad cultural y cada individuo viven y expresan su identidad a través de experiencias radicalmente distintas del tiempo, que es lo que la salsa pone en juego al espacializar sus ritmos en el baile. Y así, mientras las músicas mulatas pueden llegar a ser apreciadas estéticamente por eruditos de la música culta, el-paso-al-baile de esas mismas músicas las corporaliza de un modo tan exuberante que el erudito tenderá a desaparecer.

Y mi oficio y tarea aquí terminan, deseándole a este libro algo que se merece, y que su autor espera de esta edición: un segundo aire.

Jesús Martín-Barbero.

E-mail: jmartin@.com